

ción que llegaría infaliblemente, pero que él no la vería jamás. «Los franceses, decía, alcanzan su objeto casi siempre demasiado tarde; pero al fin lo alcanzan. La luz se ha ido extendiendo más y más; á la primera ocasión se romperá la valla, y entonces habrá un estrépito infernal. Felices los que son jóvenes, porque verán cosas magníficas.»

Cuando Voltaire se encargó de la hermosa misión de ser el abogado de los que no tenían ninguno, contaba cerca de setenta años; es decir, que había llegado á una edad en que nadie puede disputar al hombre el derecho de descansar, y en que el cuerpo mismo lo reclama imperiosamente. Había adquirido honores y riquezas en abundancia, y nadie le ganaba en el arte de disfrutar de aquellos y estas. No puede, pues, haber testimonio más precioso de la incomparable nobleza de alma de aquel hombre raro y eminentísimo, que el hecho de haber buscado en semejantes circunstancias el coronamiento de su vida dedicándose á trabajar por la felicidad de los demás, en lugar de descansar y de regalarse. Esto obliga á perdonarle todas sus debilidades y todos sus defectos.

Había gastado años para construir su palacio en su magnífica posesión, su parque delicioso, su pequeño teatro, en el cual le gustaba representar en persona, y la iglesia que adornó con la inscripción inspirada por la soberbia: *Deo erexit Voltaire. MDCCLXI.* «La iglesia, escribió, que he hecho construir es la única en toda la tierra erigida en honor de Dios. La Inglaterra ha construido iglesias en honor de San Pablo, y la Francia otras en honor de Santa Genoveva; pero ni una sola en honor de Dios.» Auxiliado únicamente por su fiel sobrina, la señora Denis, trabajó él mismo en las obras, haciéndose arquitecto, jardinero y labrador. Era hombre de trabajo en todos conceptos, como lo prueba la extensísima correspondencia que siguió en medio de todas estas tareas y el haber encontrado además tiempo para ir creando obras literarias, organizar su pequeño teatro y cumplir con los deberes de la hospitalidad hacia sus amigos Diderot, D'Alembert, Condorcet y otros. Cuando hubo concluido su nuevo y último retiro, empezó con su actividad titánica una grande obra encaminada á dar á otros una participación en su fortuna. Mientras conmovía con su pluma á toda la Europa, defendiendo la inocencia contra sus perseguidores, y la justicia y la verdad contra aquellos que las conculcaban, emprendió un trabajo creador, obra de su amor á la humanidad, que llevaba en sí mismo su gloria y su recompensa.

Cuando llegó á Ferney encontró una aldea miserable habitada por gente andrajosa y desgraciada; y cuando murió 20 años después, aquella aldea se había transformado en una población floreciente de 1,000 habitantes laboriosos y acomodados. Esta fué la obra de Voltaire. Atrajo á Ferney á muchos relojeros hábiles; los indujo á establecerse allí, y pronto se vendieron relojes de Ferney en París y luego en América, Asia y África. Las ochenta casas, casi todas de cal y canto, de que se componía el pueblo á su muerte, eran casi todas nuevas, y sesenta de ellas estaban construidas á expensas de Voltaire que gastó medio millón de francos en ellas, y las cedió á las familias que las habitaban por un alquiler moderado hasta la muerte de su sobrina, en cuya época debían quedar en plena propiedad á sus moradores. Utilizó su influencia con el duque de Choiseul para que este eximiera, como lo hizo, á la joven colonia de la pesada carga de los impuestos que no dejaba prosperar á nadie en toda la Francia. Ya en 1.º de octubre de 1767 pudo escribir á un amigo: «Si todos los que viven en sus haciendas hiciesen lo que yo, se encontraría el país en estado mucho más floreciente. He construido casas para los labradores; he creado la abundancia donde reinaba la miseria; he construido igle-

sias; mis curas párrocos y todos los nobles del país sólo hablan bien de mí.» En 14 de octubre de 1774 escribió al mariscal duque de Richelieu: «Le quedo á V. muy agradecido por la justicia que quiere hacer á los artistas de Ferney que han construido el reloj que figura entre los regalos de boda de la condesa de Artois. La benevolencia de V. es tanto más acertada, cuanto que los constructores de ese objeto de arte son las personas más pobres de la colonia, y estoy seguro de que nada han querido ganar en este trabajo, sino hacerse dignos del favor de V. y el de los primeros chambelanes. Es de notar, que todos los industriales que he establecido en Ferney trabajan sin excepción para los relojeros de París, que tienen el atrevimiento de poner sus nombres en los relojes hechos aquí. Si el ministerio cumpliera la promesa que nos ha hecho el duque de Choiseul de eximir esta colonia de impuestos y de contribuciones, llegaría á ser muy útil á la monarquía y haría con el tiempo una competencia victoriosa á la relojería de Ginebra. He logrado transformar un villorrio miserable y desconocido en villa muy linda, y establecer un comercio que se extiende hasta América, África y Asia. La única ventaja que he sacado de ello, es la conciencia de haber hecho algo que no suele encontrarse entre gentes de pluma; y creo que por este camino, si uno se arruina, lo hace por lo menos como buen patricio.»

En medio de tanta actividad organizadora y de los incansables esfuerzos é innumerables escritos en favor de desamparados que le atrajeron otras tantas controversias, encontró Voltaire todavía tiempo en su palacio de Ferney para crear toda una serie de obras literarias importantes, refundir otras y corregir y acabar muchas, como su obra histórica más célebre, el *Ensayo sobre las costumbres y genio de las naciones*. Entre los escritos en que dejó hablar á su corazón, hemos de citar siquiera uno: *La voz del cura*, en el cual explicó á su patria lo que era la *Esclavitud de la mano muerta*, describiendo y presentando al rey, á los ministros y á toda la nación la situación desesperada de los 12,000 labradores de la abadía de San Claudio en el Jura. En este escrito refiere lo que dijeron á un nuevo cura párroco sus feligreses en el momento de su llegada é instalación el día de San Luis en el año de 1772 en una de las parroquias establecida en las posesiones de la citada abadía. Le dijeron llorando y sollozando: «Somos esclavos; nuestras personas y lo que poseemos no nos pertenecen. Si vivimos en la casa paterna casados con mujer é hijos formando familia aparte, pertenece la casa y la tierra á los monjes de San Claudio cuando mueren nuestros padres. Entonces nos arrojan de la casa y hemos de pedir limosna delante de la morada donde nacimos. Los monjes no solamente no nos dan limosna, sino que tienen el derecho de no pagar las medicinas, ni el último caldo que se ha dado á nuestros padres moribundos. En virtud de este derecho nadie quiere prestar á los que están enfermos; el tendero no quiere fiarles lienzo; el carnicero no les fia la carne, ni el boticario las medicinas; de modo que el enfermo sin dinero se ve privado de todo lo que puede curarle. Morimos abandonados de todos y amarga nuestros últimos momentos la seguridad de que nuestros hijos quedan despojados, pobres y esclavos. El forastero que se establece en este país bárbaro sin conocer sus usos, observa con horror que al cabo de un año y de un día es declarado súbdito y esclavo de los monjes porque tal es su derecho. Si uno de sus esclavos adquiere hacienda en otro país, pertenece esta hacienda también á los monjes y la reclaman hasta en el último confín del mundo en virtud del derecho que llaman de persecución. Si los monjes pueden probar que una hija casada ha pasado la noche de bodas fuera de la casa paterna, en la de su marido, pierde el derecho de herencia á los bienes de su padre; y

para probarlo citan ante su autoridad á toda la comarca. Siempre obligan á los pobres aldeanos intimidados á declarar que sería posible que la joven casada hubiese cometido este delito, y esto basta para que la pobre quede desheredada, y la herencia, tanto si es de 100 como si es de 100,000 francos, pertenece desde aquel momento á los monjes. Nosotros no somos más que meras bestias de carga; los monjes nos cargan mientras vivimos, y después de muertos venden nuestra piel y arrojan nuestros huesos al muladar.» El párroco al oír esto exclamó: «¡Imposible! nosotros vivimos en el país de la libertad; desde muchísimo tiempo han abolido la esclavitud nuestros reyes y nuestros papas.»

También exclamaba la Francia ilustrada de entonces: ¡imposible! cada vez que se le revelaban cosas de estas; pero lo imposible existía; solo que los que estaban enterados se callaban, y el gobierno ni ningún gobernante se dignaba echar una mirada sobre la canalla vil ó pueblo bajo. Pero á cada cosa llega su hora; también la Francia hubo de convencerse de que todo su antiguo sistema social se había hecho incompatible con la época, y los hombres que se lo probaron, como Voltaire, fueron los verdaderos maestros de la gran revolución. Por lo demás, la revolución no fué obra suya; fué obra de los hechos que ellos pusieron de manifiesto desgarrando el velo que los cubría.

IV.—LAS NOVELAS MORALES Y LA REPÚBLICA DE VIRTUD DE ROUSSEAU

Rousseau escribió y publicó su «Nueva Eloisa,» su «Emilio» y su «Contrato Social» en los años 1756 hasta 1762. Sobre el principio de este período, él mismo se expresa en su tercera carta á Malesherbes en 12 de enero de 1762 del modo siguiente: «Solo en 9 de abril de 1756 he empezado á vivir.» Al fin de este período se eclipsó su estrella. Sin patria, ni hogar, sin amigos, sin tranquilidad, perdiendo fuerzas de día en día, luchó aun 16 años contra su destino y contra la demencia que extendió sus negras alas sobre su mente y su corazón, y en 3 de junio de 1778 murió súbitamente como una luz que alguien apaga, no se sabe si por efecto de alguna enfermedad ó por suicidio.

El citado 9 de abril de 1756 fué para Rousseau el día inolvidable en que salió de París con la idea de no volver á pisarlo ya más, y se fué á vivir con su Teresa y la madre de ésta á la «Ermita» que la señora de Epinay le había hecho arreglar con cariñosa solicitud al extremo del bosque de Montmorency. En el sitio donde encontró esta vez una casa nueva y cómoda, había visto el año antes, en compañía de la citada señora, su amiga, solo una choza desvencijada, llamada la «Ermita,» en medio de un huerto muy precioso; y al verla había exclamado involuntariamente: «¡Ah señora, qué precioso sería vivir aquí! este sería un asilo que ni hecho expresamente para mí!» La propietaria opulenta, que vivía en el inmediato palacio de la Chevrette, recordando aquella exclamación, hizo construir una linda casita de campo en aquel sitio, y cuando estuvo dispuesta, condujo allí á Rousseau y le dijo: «Ahí tiene V., señor oso, su asilo; V. lo ha elegido y la amistad le brinda con él; espero que en él renunciará V. al pensamiento cruel de separarse de mí.» Rousseau cubrió la mano de su bienhechora con lágrimas de gratitud. En esta «Ermita» de la señora de Epinay vivió Rousseau desde el 9 de abril de 1756 hasta el 17 de diciembre de 1757; y después de su rompimiento con su amiga, se trasladó á una habitación con jardín en Mont-Louis, inmediata al castillo de Montmorency, donde vivió hasta el mes de junio de 1762. Es decir, que no hizo más que pasar de un lado al opuesto del bosque, y este mismo bosque de

Montmorency fué durante aquellos seis años, siempre que la estación le permitía, su verdadera residencia y morada, el sitio donde soñó, donde compuso sus obras, donde su alma se elevó á las regiones espirituales, donde se refugió para no ver á los hombres, ni sus penas, y donde olvidó las suyas propias.

En enero de 1762 escribió á Malesherbes: «¿Qué época creería V. que es la que evoca más dulces recuerdos en mi alma y á la cual más me gusta trasladar la imaginación? No son las alegrías de mi juventud, porque además de ser contadísimas, están llenas de recuerdos amargos, y luego están ya demasiado distantes de mí. La época más dulce de mi vida fué aquella en que viví en la Ermita, aquellos paseos solitarios, aquellos días fugaces, pero encantadores, que pasé conmigo solo, con mi buena y sencilla compañera, con mi perro querido, con mi gato viejo, con las aves del campo, con los ciervos del bosque, con toda la naturaleza y con su creador incomprensible. Me levantaba con el alba para ver salir el sol desde mi jardín; y cuando el día prometía ser hermoso, deseaba no recibir ni cartas ni visitas que habrían destruido el encanto. Entonces buscaba á paso lento un sitio en el bosque, un sitio silvestre, no hollado por la planta del hombre, donde nada me traía á la memoria ni la esclavitud, ni el señorío; un asilo donde podía creer ser el primero que había penetrado en él y donde ninguna tercera persona molesta se interponía entre mí y la naturaleza. Allí fué donde se revelaron á mi vista cada día nuevas magnificencias. El oro de la flor de la retama y la púrpura de la del brezo presentaban á mi vista tesoros que conmovían mi imaginación; la majestad de los árboles que me hacían sombra, la delicadeza de los arbustos y matas que me rodeaban, los innumerables colores variados de las yerbas y flores holladas por mis piés, todo esto tenía mi espíritu ocupado continuamente entre la admiración y la observación. La reunión de tantos atractivos que llamaban mi atención y la hacían cambiar incesantemente de objeto, halagaba mi inclinación á pasar el tiempo soñando y me hacían exclamar á menudo: No, Salomón en toda su magnificencia no ha estado vestido como una de estas plantas. Mi imaginación no tardó en poblar de seres humanos la tierra tan ricamente adornada. La población de seres á mi gusto; y rechazando lejos de mí todas las opiniones, preocupaciones y pasiones artificiales, trasladé á aquellos asilos de la naturaleza á hombres dignos de habitarlos, creándome una sociedad encantadora, de la cual no me juzgaba indigno de formar parte, y formando con el pensamiento una edad de oro que veía con mi espíritu como si fuese realidad. En esta serie de días tan bellos inscribía todos los sucesos de mi vida cuyos recuerdos me eran dulces, y todos los anhelaba pasar; y mientras que pensaba todo esto lloraba contemplando absorto la felicidad verdadera del hombre, tan preciosa como pura, y hoy ¡ah! tan distante de la humanidad.»

La ira santa contra todo lo que veía de anti-natural en la organización política, en la sociedad y en las costumbres de Francia había transformado á Rousseau en orador y predicador; y su entusiasmo por las magnificencias de la naturaleza, la admiración meditabunda de sus maravillas, el cúmulo de sentimentalismo de que rebosaba su corazón, le hicieron poeta. Rousseau creó en Francia la elocuencia patética del entusiasmo, y también la prosa poética que llamamos novela, porque las novelas no tienen mérito literario si no llevan el sello y el hálito de la poesía más noble y elevada.

Rousseau, predicador y poeta, no conservó siempre reunidas estas dos cualidades, porque si aun siendo poeta, no cesó de predicar, al fin vino á ser únicamente predicador. Al dedicarse á la propagación de una nueva doctrina social,